en *Las mil y una noches*.—¡Ah, no nos la querían dar; no querian darnos á Roma!—exclama un oficial; ¡bah, claro está! ahora se comprende.

¿Qué os parece la ciudad? preguntan los romanos al pasar el ejército. ¿Cómo responder? Los soldados no responden, se contentan con exclamar:—¡Oh Roma, Roma!...

Y el regimiento sigue adelante. La plaza Colonna, la columna...

Soldados y pueblo empiezan á dar vueltas á la columna; suenan cornetas y tambores; los gritos llegan al cielo; unos ingleses y alemanes que estaban con nosotros, conmovidos tambien ellos en aquel sublime instante, nos apretaban la mano diciendo:—¡Hermoso dia! ¡Bellísimos momentos!.....

.....

.....

LA CÚPULA DE SAN PEDRO

LGO queda siempre por decir, por mucho que se haya hablado, escrito y discurrido sobre la basílica de San Pedro.

Y además, en la presente ocasion hay una gran novedad *bajo* la cúpula de San Pedro: los cazadores, de los cuales no se ha hecho mencion, ni en las guías, ni en los libros arqueológicos, ni en las obras artísticas, que yo sepa.

Espero que mi pluma de acero, con la ayuda de sus plumas de gallo, conseguirá algo. (1)

Hé aquí clara y sencilla la impresion que me produjo San Pedro.

Fuí con un amigo mio que ya había estado antes en Roma. Al pasar por el puente de Sant'Angelo, hallamos un oficial que nos aconsejó volver atrás, diciéndonos:—Ahora vais á encontrar allí una procesion de soldados; están llenas las escaleras y la iglesia; aquello parece un cuartel; es preciso venir más tarde.

(1) Los cazadores, *bersaglieri*, usan un sombrero de hule, con copa semiesférica y ala plana y redonda, y un lloron elegante prendido á un lado, de finas plumas de cola de gallo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—¿Más tarde, cuando tengo fiebre por ver la Basílica? ¿Despues de haber visto aquella bendita cúpula por espacio de cinco dias á ocho millas de distancia, grande, recortada en el azul del cielo, y que me parecía estar á dos pasos, haciéndome sufrir el suplicio de Tántalo? Cá, imposible; mientras no la tenga bajo mis plantas, me parece que la tengo sobre el pecho. Vamos, vamos á ver esta maravilla.—A San Pedro.

El cochero fustigó el caballo, y antes de salir del puente, aconsejóme mi compañero que cerrase los ojos, y no abrirlos hasta que él me avisara; los cerré.

De repente á los pocos instantes se paró el carruaje, y mi amigo me dijo:—Mira.

Miro: estamos en medio de la plaza: hé aquí los pórticos, las fuentes, la rampa central en gradería, las escalinatas laterales que no se distinguen grandemente de la rampa á lo lejos, la cúpula, en suma, todo tal y como se vé en los cuadros, en las fotografías, en los grabados: nada nuevo y ninguna sorpresa.

—Y bien, pregunta mi amigo, ¿no te estremeces, no te causa ninguna impresion, no te parece todo esto bello, grande, sublime?

Me encuentro embarazado para responder; pero al fin me decido á contestar.—¿Es esta la famosa Basílica? ¿Esta la cúpula que se vé á cuarenta millas de distancia? ¿Este el gran coloso de San Pedro?

—Y bien.....

—Pues bien: ¿quieres que te diga la verdad?

—Díla.

—Me parece pequeño.

—¿Pequeño? ¿El qué?

—Todo: plaza, iglesia, fachada, cúpula, todo, todo lo que veo.

Mi amigo lanzó una gran carcajada.

—Será ridículo; pero qué quieres, es la verdad: pequeño, pequeño, pequeño; en fin, que se me han caido los palos del sombrajo.

—Mira aquel hombre.

—¿Cuál?

—Aquél, hombre, aquél que está sentado al pié de una columna de las de en medio de la fachada: ¿no lo ves?

Miro al hombre, mido con la vista toda la altura de la columna, mido su amplitud, despues comparo al hombre nuevamente, vuelvo á calcular y exclamo.....

—¡Inmenso!

—¡Ah! ¡Aquí te quería yo! Es preciso comparar, confrontar, amigo mio. ¿Cómo quieres darte cuenta de lo giganteseo en donde todo es gigantesco? De pronto todos miran arriba, y todos dicen lo que tú. Vamos poco á poco. Bajemos del coche.

Bajamos, subimos la rampa: no se acaba nunca. Se miran las columnas de la fachada: se agrandan á cada paso que se avanza, llegamos á los pedestales y vemos que las columnas son anchas como casas. Miramo hácia arriba: son altas como campanarios. Nos volvemos: ¡cuánto hemos andado! Las fuentes, que cuando estábamos á su lado nos parecían grandes, se han achicado hasta el punto que parece se han lleva-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

do aquéllas y han puesto otras en su lugar. Un soldado que está cerca de nosotros y que se conoce ha estudiado en sí propio los mismos efectos, nos mira sonriendo y expresa perfectísimamente el efecto mencionado:—*¡Hincha, hincha!*

Entramos, miro.....—Amigo, lo que es esta vez te lo digo sériamente: estoy desencantado.

—Espera, espera un poco. ¿Ves aquella paloma de bajo relieve en mármol blanco, allí, en el ángulo aquél?

—La veo.

—¿A qué altura te parece que te llegará?

—Al cuello, poco más ó ménos.

—Vamos á verlo.

Echamos á andar... diablo, no se acaba nunca, parecía que estábamos á dos pasos. Bueno, ya hemos llegado. ¡Oh! esto si que es curioso; alzo el brazo, me empino en la punta de los piés, y qué, ni por esas, no llego.

—Mira las letras de aquella inscripcion de allá arriba: ¿de qué altura te parecen?

—Hombre, de tres á cuatro palmos.

—Son más altas que tú. Mira aquellas columnas fingidas adosadas á pilares, aquellas pilastras, ¿qué ancho les calculas?

—Psché, mi brazo.

—Tres metros.

Empiezo á comprender. En medio de la iglesia hay un grupo de muchachos alrededor de una cosa alta que parece una estátua. Vamos adelante, adelante, adelante: ¡qué diantre! los chicos son soldados de artillería corpulentos y robustos como cíclopes; la cosa alta es San Pedro. Los soldados le besan el pié. Un cura que anda por allí los mira y sonrie con aire de sorpresa y de complacencia equivalente á este raciocinio.—¡Son cristianos estas bestias feroces; ménos mal!

Hay larga hilera de soldados arrodillados en torno del altar mayor. Otros en los ángulos extremos contemplan las estátuas y para convencerse de que son de mármol, las tocan por todas partes como hacen los ciegos para reconocer á las personas.

Un grupo de cazadores se halla extasiado delante de San Longino. Hablan entre sí. Me aproximo y recojo la sentencia final de uno de ellos:—*Ah, no hay nada que decir; tiene una buena ocupacion.*

Estamos bajo la cúpula; arriba la cabeza. El efecto es maravillosamente prodigioso. Es curioso observar el cambio que se opera en todas las fisonomías tan pronto como miran hácia arriba. Muchos, apenas miran, bajan la cabeza y cierran los ojos como si se mareasen al haber contemplado el abismo. En otros ilumina sus ojos un rayo de vision celestial: produce el éxtasis. Hé ahí el solo punto de la iglesia en el cual con la mirada asciende al cielo el pensamiento. En los otros sitios la magnificencia seduce, el esplendor fascina, mas la grandeza no inspira; se percibe algo teatral, se reflexiona en el trabajo y en los millones profusamente derramados en aquel monumento; mejor en los pintores, en los escultores y en los arqui-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tectos, que en los ángeles y los santos. El alma se aferra de tal modo al suelo por los encantos del arte, que para libertarla de esta prision y elevarla al empíreo, se requiere una lucha más fuerte y difícil de la necesaria para hacerla salir victoriosa de las tentaciones externas de la vida, contra la cual debiera la Iglesia servir de refugio y seguro asilo.

Se camina adelante, atrás, á derecha, á izquierda, y á medida que se anda, la cabeza nos vá pesando y la vista turbándose. A cada paso cien cosas nuevas, á cual más extraordinaria, se atropellan confusamente ante la vista, solicitando la atencion en remolino constante y como si empujasen las unas á las otras. La atencion, la percepcion, la determinacion y demás operaciones preliminares del pensamiento para formar cabal juicio de un objeto, no bastan á recoger el conjunto y los pormenores; es imposible fijarse en uno sin que los otros nos atraigan; y así oscila, se mezcla y se desvanece cada impresion, avasallada por otra distinta. Nada puede abrazarse por completo. Columnas enormes, estátuas gigantescas, bajo-relieves colosales, pinturas, mosáicos, oro y metales y piedras preciosas; riqueza y belleza cruzan en vertiginoso torbellino ante la vista, adoptando formas de todas especies..... al cabo de algun tiempo se pasa ante todo, sin notar nada; apenas vistos los objetos, se olvidan.

Allá, en el fondo de la iglesia, se divisa algo oscuro, agitándose cerca de la puerta: será una compañía de soldados que penetra. Aquellos ángeles colosales

que sostienen la pila de agua bendita, parecen juguetes de chicos. En varios puntos hay soldados que se inclinan para mirar al suelo: miran las indicaciones de la longitud de las más grandes Basílicas del mundo. Tal llega á la mitad, tal otra á los dos tercios, una tercera á la tercera parte solo: ¡capillas!

—¡Ay mi madre! exclaman los soldados napolitanos. ¡Cuántas multiplicaciones deberán hacer cuando vuelvan á sus pueblos para dar una idea de San Pedro, comparado con su iglesia parroquial!

Alguno que otro anota las dimensiones. Varios calculan los soldados que caben.

—¿Cabrán aquí todos los soldados del 4.° cuerpo de ejército?

—¡Vaya, ya lo creo! ¡Y tambien hasta todas las maldiciones que echaron al servicio de las subsistencias suministrado por la administracion militar!

Hé ahí la puerta para subir á la cúpula. Animo, y arriba; será una sudadura memorable.

Se sube por una escalera de caracol; los escalones son anchísimos y bajos; se asciende, dando grandes vueltas cómodamente y casi sin reparar. El muro se halla cubierto de losas de mármol, donde están escritos nombres de todos los príncipes del mundo, que subieron la escalera arriba. Está la inscripcion de Fernando II de Nápoles. Debajo, apoyados contra el muro, hay ocho machetes de cazador. Más allá, á cada paso, sombreros empenachados, kepis, sables de caballería, cinturones, cartucheras. Sobre la cabeza y bajo los piés un ruido que aturde. Hay escua-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

dras enteras de soldados que suben y bajan, se encuentran, se saludan, se comunican sus impresiones de estupor y alegría.

Ya se leen por las paredes sus inscripciones: que el soldado por donde quiera que pasa deja siempre rastro de sí. Bajo aquella citada del Borbon, y que dice: *Rey del reino de las dos Sicilias, subió á la cúpula y entró en la gran bola...* se lee: *Fulano de Tal, cabo entonces de ingenieros, tuvo el honor de saludarlo en Gaeta.*

¡Ah! una ventana, asomémonos.

—¿Te burlas de mí? Estamos ya por cima del techo de los más altos palacios. Emprendemos de nuevo la subida; diez minutos despues hallamos una puerta, salimos al descubierto. Hénos aquí sobre el techo de la iglesia: una plaza de armas. Se vé de una parte un edificio rotondo tan alto como una iglesia cualquiera; no es sino una de las cupulillas menores que constituyen el estado mayor de la principal. Grande y magnífica, pero ninguno la mira; no hay tiempo para detenerse en pequeñeces. Se corre al parapeto, se echa la vista á la plaza: un hormiguero. Se observan las estátuas que se levantan en fila sobre el coronamiento de la fachada: ¡qué moles! piés que no caben en la mesa donde escribís; pliegues de paños en los cuales puede esconderse cómodamente un hombre; dedos que parecen mazas. Hay una llave de San Pedro que al primer golpe de vista se toma por un áncora de buque.

Los soldados corretean por todas partes llamándose y saludándose desde el techo á la plaza y desde la cúpula al techo, manifestándose sus impresiones con aquel reir alegre y característico y aquellas exclamaciones de broma.—¡Bagatelas, bagatelas! Y quién, quiere ir por aquí, quién por allí, y se arrastran, se empujan, se agrupan, se desparraman, corriendo, riendo y charlando como chicuelos en el patio de un colegio.

—¡Ánimo! dice uno; es preciso subir esta vez hasta el Paraiso, porque si no aprovechamos esta ocasion ahora, de fijo que no entramos nunca.

—Pero esta cúpula me resulta pequeña, repito á mi amigo. Y él me hace señas de que mire á lo alto. La última galería debajo de la bola está llena de soldados: ¿pero cómo pueden verse tan pequeños si estamos tan cerca de ellos?

Arriba, á la cúpula; subimos y la escalera gira y vuelve á girar; tropezamos con una puerta que comunica con una galería; la galería dá al interior de la iglesia; me asomo, y al punto me echo atrás, pues temo que el vértigo se apodere de mí.

—Mira la sala del concilio; aquella, allá abajo, en la nave de la iglesia, me dice mi compañero.

Me fijo y exclamo:

—¿Cómo, allá dentro estaban *todos* los obispos? Pero si parece tan grande como una caja de cigarros. ¿Qué parecerán los hombres? Recordé el dicho de Guerrazzi: "lo que son: insectos." Alrededor de aquel altarito del centro hay un grupo de ellos: una mancha oscura que se mueve. Miro tras de mí en la pared, y veo que aquellas cabecitas de angelotes que

distinguía desde abajo, colocadas en un ángulo, aquellas cabecitas de mosáico, necesitarían unas espaldas de cuatro metros de ancho.

Volvemos á subir escaleras anchas y rectas cuyo fin no se divisa: luego escaleras de caracol donde para subir es forzoso aferrarse á un pasamano; escaleras de madera en zig-zag, despues; escaleras comprendidas entre dos paredes curvas por las cuales es preciso marchar arrastrándose por la pared más baja; y de nuevo escaleras rectas, y de caracol, y adelante, sudando, anhelantes, y dando resoplidos; no se acaba nunca.—¡Ah! un rayo de luz finalmente: una puerta, ya estamos arriba; esto es lo más alto: Roma, he ahí toda Roma. ¡Oh, qué aire tan puro!

La primera exclamacion que hiere mis oidos parte de un artillero lombardo:—*¡Vírgen Santísima, mucho más que la catedral de Milán!*

Se arroja una mirada allá abajo, adonde estábamos antes, al techo de la iglesia: una procesion de hormigas. Apenas se distingue la gente que pasa por la plaza. Las dos grandes fuentes semejan dos penachos blancos agitados; las cúpulas menores tornavoces de los que se colocan sobre los púlpitos ó pequeños doseletes de los que cubren las imágenes.

Toda la ciudad se abraza en un solo golpe de vista. Resaltan los muros del Coliseo, de las Termas, negros y gigantescos.

Las estátuas que coronan las columnas, las puntas de los obeliscos, las curvas orillas del Tiber, el Pincio, la *villa* Borghése, el Quirinal, San Juan Laterano, el Gianicolo, que remeda una colinita de diminuto jardin, todo se vé claramente, á medida que la pupila se acostumbra á aquella purísima trasparencia del ambiente.

El jardin del Vaticano parece pequeño cuadro; el palacio mismo de los Pontífices, un edificio comun con varios reducidos patinillos: todo está cerrado y desierto.

Hé aquí Monte Mario.

Allá la campiña romana, desnuda y siniestra. Desde aquí han debido haber visto el paso de las divisiones del general Cadorna, compañía por compañía, cañon por cañon.

Hé allí Monterotondo, Tívoli, Frascati, Albano; y más á la derecha, á lo lejos, en los últimos términos, aquella lista luminosa, el mar. ¡Roma, Roma! bendito nombre que nunca se cansa uno de repetir.

Hay algo secreto y misterioso en este sonido: *Roma*. Nos lo repite como un eco perenne en los oidos: Roma, héla ahí toda...

Un soldado próximo, tambien contempla Roma con aspecto meditabundo; parece como que quiere decir algo... sonrie, alza una mano, aprieta el puño y lo descarga sobre la balaustrada, exclamando:

—*¡Finalmente!....* ¡al fin, al fin!....

Escuchemos aquel otro.

—¡Aquí estamos!

¡Repara con qué gusto lo ha dicho! Y todos los demás soldados al ir á perderse por las escaleras, se

vuelven y saludan con la mano, alegres y risueños, repitiendo:

—¡Adios, adios, Roma!

Y por allá abajo, desciende por las laberínticas y tortuosas escaleras, con el ruido de los pasos, el rumor de la alegría y del contento.

CURAS Y FRAILES

UMEROSISIMAS copias de cierto himno guerrero redactado en francés, destinado sin duda á ser cantado por los zuavos para animarse al combate, se encontraron en los cuarteles pontificios.

Tiene muchos puntos de semejanza con *La Marsellesa*. El *ritornello* empieza: *¡Alzaos, católicos!* Sigue una estrofa análoga á la de *La Marsellesa*: *Entendez vous dans ces campagnes*, con la diferencia que se ha sustituido á los *féroces soldats*, *les barbares*. (!)

Tiene un verso luego que dice:—*Vendrán á quitarnos* (debe ser un verbo más fuerte que éste, pero no lo recuerdo) *nuestras iglesias*, *nuestros curas*..... *No, no; no nos los tocarán!* (?)

De la letra se desprende que debía servir de arma para ciertas gentes cándidas aquello de que los italianos iban á robarles las iglesias y á matarles á sus curas y á suprimir la religion! Así el gobierno papal aprovechaba este recurso para mantener vivo el fanatismo de los soldados, inspirando al pueblo romano horror hácia el gobierno de Italia, y arrancando, en fin, de este modo indirecto las simpatías que pudiera

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA